

La calle
Diario de un espectador
La Noria, Sin.
por miguel ángel granados chapa

para el martes 1 de septiembre de 2009

Nacido en La Noria, municipio de Guasave, Sinaloa, Cruz Mejía Arámbulo, más conocido si se lee o se escucha sólo su primer apellido, es un memorioso activo. Tiene presente la historia del país y la vuelve canción. No olvida la de sí mismo y la ha convertido en libro, *La creciente*, de la que ayer nos habló Enrique Rivas Paniagua, compadre, contlapache del cantautor que hoy es también escritor. Y de los buenos, como se puede apreciar enseguida.

Cruz recuerda haber nacido en suelo sinaloense “el mismo día en que nació el estado de Baja California del otro lado del mar Bermejo, miércoles 16 de enero de 1952, a las cinco de la mañana, cuando en la capital eran las seis y a la Baja California le faltaban unas horas para hacerse presente como otro estado de la Federación. Por eso se que me voy a morir en martes.

“Con nosotros no valieron las delicadezas. Ocho de los once hermanos nacimos como nace la mayoría de los mexicanos de ese tiempo: en nuestra propia casa y con partera. A mi doña Matilde me cortó el ombligo, y ahí se quedó enterrado en el solar, a donde mis suspiros recalcan muy seguido.

“Como llegué al mundo en un momento en que la Tierra está más cerca del Sol y por encontrarnos en el hemisferio norte, era el tiempo de las heladas. Aprendía a sentir el frío y a aguantarlo; luego en los veranos también me moldeó el calor. Con esos contrastes se me hizo el cuero duro, al punto de que hasta la fecha no me enfermo y por eso no requiero de ninguna medicina..

“De chico me dio el sarampión, el sarpullido, la viruela loca, la fiebre tifo y uno que otro catarro, pero no fue gran cosa. Me lo quitaron con agua de sambe, albácar y con el cocimiento de algunas otras yerbas del monte, que bien pudieron ser el zacatón llamado te limón, hojas de naranjo o de guayaba. Ni esperanzas de pensar en el doctor; eso estaba muy lejos de nuestro alcance. ¿Dónde lo agarrábamos? Y ¿con qué lo pagábamos?

“Hice muchas travesuras de las que salí torcido, raspado o con algún chichón. Pero todo eso se me quitó solo. Pienso que cuando me enferme de veras va a ser para morirme, pero por lo pronto falta un buen rato todavía.

“Desde el momento en que llegué a mi primera escuela, formamos equipo para hacer el aseo un día a la semana, y a mí me tocó comenzar el lunes. Por eso digo que me voy a morir en martes, después de haber cumplido con mis deberes y lo que tenga que hacer.

“Para hablar en números redondos puedo decir que viví en el rancho hasta los diez años, aunque en verdad fue hasta los nueve años con siete meses, porque el martes 15 de agosto de 1961 salí para México. ¡Qué puntada!. Dice el dicho que ‘en martes no te cases ni te embarques’; ¿cómo vino a suceder que yo en martes me embarcara?. Por eso pienso que me voy a morir en martes. Si llegó a La Noria en miércoles y de allí salgo en martes, ahí se cerró un ciclo. Fue como una muerte chiquita; en ese ensayo de morirme

me lloré yo solo. Eso nomás fue un adelanto, por si cuando llegue la de a de veras no hay quien vierta de sus ojos unas lágrimas por mi.

“Esos primeros diez años escasos en el rancho los viví bien vividos con muchas carencias, apartados de los goces de la ciudad y de su bullicio. Me llené de verde con el monte, lejos de la civilización. Ahora les parecerá raro, pero yo carecí de muchas de las cosas más elementales que se tienen en cualquier parte. Nosotros no conocíamos ni el papel periódico. Nuestro vocabulario era muy escaso. Cuando hablábamos había pausas muy largas entre frase y frase; eran pausas del tamaño del pensamiento, imágenes de silencio y de inmensidad nos llenaban el alma...y nos hacíamos entender.

“Vivíamos humilditos, acostumbrados a los ruidos del monte y su quietud”

Por eso será muy interesante saber de Cruz Mejía cuando llegó a la capital.